

GUIDO CERONETTI

LA LINTERNA
DEL FILÓSOFO

(CON CUATRO DIBUJOS DEL AUTOR)

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JUAN DÍAZ DE ATAURI

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *La lanterna del filosofo*

Publicado por

ACANTILADO

Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 2005 by Adelphi Edizioni S.p.A., Milano, Italia

© de la traducción, 2010 by Juan Díaz de Atauri Rodríguez de los Ríos

© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.U.

Imagen de la cubierta, detalle de *Diógenes sentado en su tinaja* (1860),
de Jean-Léon Gérôme

ISBN: 978-84-92649-76-1

DEPÓSITO LEGAL: B. 39007-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ACUÉRDATE DE NOSOTROS, FILOSOFÍA

La filosofía ha llegado a su estadio terminal. Cualquier intento de pensamiento filosófico que se emprenda hoy acabará en un juego múltiple de renacimientos epigonales.

MARTIN HEIDEGGER

*El final de la filosofía
y la tarea de pensar, 1964*

No cabe esperar respuesta de unos locos embarcados en una nave siniestra en la que se confunden las palabras y las cosas: a quien hay que preguntar es a los que han probado el pan de los ángeles y también, quizá, a sus humildes discípulos.

ALEXIS PHILONENKO

¿Qué es la filosofía?, 1991

Sí; acuérdate de nosotros, después de haber desaparecido, acuérdate de nosotros, filosofía.

Acuérdate de nosotros porque te hemos amado.

Te hemos amado como a una mujer—y más que a una mujer—, hemos tratado de asirte en los recorridos nocturnos por caminos solitarios, hemos tratado de abrazarte, de convencerte, tras un espasmo fugaz, de que no nos dejaras tan pronto.

Te hemos amado como a la voz humana, como a la más humana de las voces.

Te hemos amado porque nos ayudabas, sin que tal responsabilidad te afectara, a soportar la vida; te hemos amado porque sabiéndonos mortales, mucho más de lo que

nosotros mismos nos sabíamos—boticaria provista de fármacos que sin ser venenosos estaban elaborados con los jugos vitales de la muerte—, nos alojabas en un Nirvana tuyo, superior a la decadencia de nuestra materia y de toda materia, superior a las peregrinaciones de todos los Libros de los Muertos, superior incluso a las visiones estáticas de las reunificaciones al final del torneo, en el seno sin brazos del Transcendente, y a tus huéspedes más desesperados les mostrabas, velada, en una hornacina, la Gema de la Perennidad.

Te hemos amado en los terrores cotidianos y en las migraciones por los rumbos de los sueños: tú has sido remedio y despertar. Hemos sido tus animales querúbicos, te hemos contemplado con veneración en tus francas, sabias, incalculables prostituciones. Te hemos arrojado nuestros embudos de sombra y tú nos has regado con arroyos de luz.

Nos llamabas desde los escaparates de libros, desde las ventanas interiores de los patios, desde los fondos oscuros de las estanterías y desde los sótanos de la Rue Saint-Jacques.

Más que el gallo matutino, más que el gallo cósmico que canta «Dios sea loado», nos saludaba la voz de tus pájaros nocturnos en los troncos huecos.

Para alguno la siguiente revelación tuya reunificadora ha sido más fuerte que el alcohol, a saber: que tu máscara preferida, tu sombrilla de Sissi, recibe en el habla común el nombre de *poesía*.

Te hemos amado en los apartados misterios de las Ménades, con miedo a escrutarte allí, demasiado cerca, y ser despedazados.

En la tragedia de la historia y de las crónicas; en los desastres humanos; en los enigmas del Bosco y de las *Meninas*; en los tres puntos-tres rayas-tres puntos del alfabeto Morse

que con su grito atravesaron las ondas invisibles en el cielo nocturno de Van Gogh; en las quemazones del purgatorio cósmico reveladas mediante los radiotelescopios; en el fuego siempre vivo de Heráclito; en las arrugas del autorretrato de Leonardo; en el himno rigvédico X, 129; en las lecciones inaprendidas de Jules Lagneau; en los tabucos petersburgueses de Dostoievski, te hemos encontrado, reconocido, amado.

Como luz de Occidente, donde siempre será ocaso, nos has dado instrucciones para bien—incluso superiormente—morir; como luz de Oriente, donde el tiempo no tiene color, has disipado el nacimiento y desdentado a la muerte.

Acuérdate de nosotros, filosofía.

Ahora que el mundo de los no vivientes y de los malvientes, en un delirio de conocimientos y de omnisciencia inseparables de su condena al polvo y a la expiación, te ha expulsado, arrojado fuera de la morada de la conciencia y te ha obligado a refugiarte no se sabe dónde, en lugares secretos, porque está determinado a adorar y a servir únicamente a ídolos que echan sus raíces entre oscuros condenados, acuérdate de nosotros, filosofía.

Acuérdate de nosotros, porque en tu memoria de rechazada está trazado un camino de sentido—indescifrable, pero indestructible—de nuestras desdichadas vidas, hundidas vidas en la infamia de la insignificancia.

El recuerdo de nosotros en ti, el tuyo en nosotros, filosofía.

ÚLTIMO SPINOZA MÍO

Cuando un sediento de Dios se deja guiar por la razón, ésta lo lleva a pastar en la perplejidad, donde lo abandonará agitándose. Su conciencia se secará en el equívoco, se dirá a sí mismo: «¿existe?».

HUSAYN MANSUR AL-HALLAJ

Rabbi, rabbi, ¿por qué me has abandonado?

YHVH¹ A BARUCH SPINOZA

Spinoza se reía—algunas veces—, pero intentad reiros en medio de la selva encantada de su sistema. La risa está prohibida por ángeles guardianes que, en cuanto se dibuja, imaginan una ofensa a la perfección del Dios que no comete error ni pecado, ni incurre en deformación ni en mueca de que reírse pueda. Por el mismo motivo, no hay nada de meramente humano en esta perfección absoluta que sea lícito empapar con nuestras pobres lágrimas. ¿Seguiréis llamándome spinozista (he creído serlo durante mucho tiempo) cuando Error, Dolor, Deformación, Pecado, Monstruosidad, Caricatura, Absurdo, Imperfección, Deformidad, Extravagancia, Demencia, Miseria constituyan todo el suculento contenido de mi equipaje errante? Me gano el pan con la indignación. A cambio de escarnios consigo fama. El furor contra el hombre me hace sentirme vivo: *irascor, ergo sum*. En cuanto la punta de mi pie penetra en el templo de la *Ethica* me quedo como muerto: nadie llora, nadie

¹ Tetragrámaton o nombre del Dios de Israel (Yahvé). (*N. del T.*)

ría, y mucho cuidado con caer en la melancolía (*Melancho-
lia semper mala*); una recta implacable conduce a una felici-
dad intelectual que para el corazón es una piel de sapo frita
con limaduras de hierro. Retiro el pie. Un satírico puede ser
spinozista lo mismo que un papagayo colorado puede con-
vertirse en cóndor, o—en términos spinozistas—lo mismo
que el Círculo puede asumir la naturaleza del Cuadrado.

Me pregunto si conocía verdaderamente el corazón hu-
mano. Poco rasca en el corazón el saber geométrico. Ante
la maraña del corazón, Spinoza vacila, y resulta de una gran
humanidad la Propositio vigésima octava de *Ethica*, II, don-
de se califica de confusas las afecciones del Cuerpo en re-
lación con el alma. Convendrá no olvidar esta concesión
cuando se llegue a su catálogo de las pasiones. Spinoza no
se permite lo confuso, así que fracasará. Más que Descar-
tes, le habría ayudado una mayor experiencia. Conocer el
corazón según la fuerza del término bíblico *iadá* presupo-
ne un comercio intenso con Psique y el batirse, no abstra-
cto, del propio cuerpo entre los cuerpos amables y corrup-
tibles: el celibato de Spinoza es absoluto. Una antropología
centrada así en el cuerpo queda forzosamente embargada
por la excesiva castidad de su autor. Con Cupiditas, Lae-
titia y Tristitia, su extraordinaria habilidad consigue expli-
carlo todo, pero algunas pocas líneas de Stendhal, un cabo
de vela de Pascal, un quejido alcohólico de Verlaine, valen
más que la Tercera y Cuarta parte de la *Ethica*. Todo lo re-
suelve pasando por la Explicatio, la Definitio, el Scholium,
el Corollarium, la Demonstratio; obligado a resolverlo todo,
pues de lo contrario tendría que confesar un vacío, y cual-
quier vacío en un sistema perfecto se convierte inmediata-
mente en un abismo, y el abismo es miseria para el hom-
bre, y la miseria del hombre es, en el espejo de la grande-
za, sentimiento trágico, y el sentimiento trágico es la bestia

negra de Spinoza. Con ira y paciencia borra hasta el menor indicio de tal. Tiene sentimiento del dolor, pero con su pesada capa cubre la sangre derramada que grita «¡tragedia!, ¡tragedia!», y, sin la tragedia, un Antiguo Testamento con todos sus libros y capítulos se convierte en un inerte tratado de buenas costumbres *pour les pauvres*, en un brazo exangüe del sistema spinoziano: *útil*, pero no formidable. Para el *Tractatus Theologico-Politicus* las Escrituras son la cita de una sabiduría moral reguladora de costumbres para gente no excesivamente alumbrada por la Razón, libros sagrados cuya autoridad proviene exclusivamente de las selecciones operadas por los Fariseos del Segundo Templo. Buenas máximas, apólogos fáciles; ningún arcano; milagros que son sencillos acontecimientos naturales, sueños del *baal-hachalomót* que somos; de Dios no hay más que una imagen adaptada a la comprensión de mentes primitivas; el mesianismo es puramente sionista (la reconstrucción del Estado, el poder) y, así mismo, la utilidad de la escritura es de grado inferior, porque (dicho claramente en la vigésima sexta Propositio de *Ethica*, IV) en realidad sólo es útil lo que lleva al conocimiento racional. La crítica filológica del *Tractatus* es un diamante maravilloso: todas las profundizaciones de estos tres incansables siglos parten de ella; pero, así mismo, toda la tragedia de la escritura, la lucha con Dios que el texto—estragado náufrago del tiempo—traza, y que es mucho más importante que la búsqueda de las fuentes y que las discusiones de un sínodo, Spinoza la reduce al silencio. Como en su sistema está vedado reír y llorar por el hombre, por la misma razón es escandaloso y merece ser excluido el grito de los profetas. El profeta grita, lanza espumarajos, patalea, escarnece, jadea, agoniza; Spinoza dice que es un maestro que da clases de buena educación a unos deficientes primarios. ¿Quién grita, entonces,

en la Escritura? ¿No grita Job? ¿Es *Elí Elí lammáh azavtáni* una forma de enseñar a aullar a los perros? ¿Es el grito de Raquel en Ramá una invitación a ser buenos? ¿Acaso no se va a pique la *Ethica* en la cólera de Jeremías? ¿El refunfuno rabioso del Qohélet [Eclesiastés], cuyo hálito violento podía sentir en su cara el incomparable discípulo de Mor-teira, es *La signorina Felicita* de Gozzano? Spinoza reprime el grito profético, le da miedo—precisamente le da miedo—porque siente su fuerza, su fuerza cósmica de ruptura. Es un grito que desencadena Tristitia, que se origina en Tristitia, en la imposibilidad de llegar a Dios, en unos labios partidos, en una garganta que sólo expresa lamento, y Tristitia es, para él, el pecado supremo. El sistema se sostendría perfectamente si no lo sacudiera el grito desgarrador de la creación. Qohélet empuja a Spinoza hasta el borde del abismo: ¿podrá salvarlo en el último momento una Demonstratio, un Corollarium? El ácido de Qohélet disuelve la *Ethica* porque arroja la salvación spinoziana a la misma oscuridad que la perdición del imbécil. Se le puede negar la autoridad sacra (a los doctores fariseos les parecía un texto indigno e insolente), pero ¿cómo ignorar su irresistible resplandor de verdad humana? ¡Es sabiduría, sabiduría substancial, no *superstición* ni *imagen*! ¿Y? ¡*Non bonum*! ¿Puede bastar con decir que no es *bonum*?

Nunca tan alta excelencia intelectual se había negado tan duramente a admitir lo trágico, considerado como algo desordenado y obsceno (nada menos que como blasfemia del Nombre), ni se había comprometido de tal modo en su supresión como realidad innoble, contraria al esplendor divino, en el propio pensamiento a la busca de totalidad y de absoluto.

No es propio de un hombre razonable (véase la Propositio LXVII de *Ethica*, IV) perderse en *cogitationes* sobre la